

Agentes de la Nueva Cultura

Javier Solís*

Lágrimas de cocodrilo han de ser las rasgaduras de túnicas de algunos miembros del Colegio de Periodistas, por la resolución de la Sala Constitucional sobre la colegiatura obligatoria. Si la razón fundamental de ser del Colegio era garantizar la ética profesional en la función periodística, en buena hora se acabe con esa ficción y con el atropello a la libertad de verse obligado a pertenecer a una agrupación que nunca tuvo la valentía de levantar la voz cuando fue violada la ética.

De muchos silencios, parcialidades, intereses creados, complicidades y traiciones a la verdad es culpable la prensa costarricense. Esas habas se deben cocer en todas partes. Pero cuando esperábamos congruencia y valentía, sobre todos los débiles, los indefensos, los que queríamos desenmascarar la verdad oficial o la verdad de los poderosos, el Colegio hizo causa común con éstos. ¿Por qué calló ante el cierre arbitrario y politizado de Radionoticias del Continente? ¿Qué dijo cuando un grupo terrorista de cubanos exiliados, financiado por el régimen de Pinochet, patrocinó el estallido de una bomba en el periódico Pueblo o cuando éste tuvo que cerrar por boicot publicitario? ¿Por qué se negó a conocer el caso del despido de Luis Sáenz, Patricia León e Isabel Ovares en 1979 de Monumental, bajo la dirección de Armando Vargas, por persecución ideológica con base en meras suposiciones? Por años asumió una postura timorata o cobarde ante el crimen de La Penca. ¿Por qué nunca denunció la manipulación y falsificación de la información sobre la guerra contra Nicaragua y el boicot en la prensa al Plan de Paz de Osear Arias? En ese caso sólo la fuerza de los hechos históricos y la verdad lograron hacer triunfar al

Presidente Arias. ¿Por qué ni siquiera dio acuse de recibo a mi denuncia de que Hernán Barquero, gerente de Radio Reloj, había condicionado a la censura previa la transmisión de una declaración mía como diputado, en espacio pagado, que denunciaba esa falsificación y ese boicot?

Ante la más grave violación que ha sufrido la libertad de expresión en nuestro país en toda su historia, el despido de Humberto Arce como director de *La República*, una pequeña minoría de colegiados tuvo que recurrir al expediente de recolectar firmas para forzar la convocatoria a una asamblea general, porque la Junta Directiva, presidida por Manuel Emilio Morales, se negó a condenar el flagrante atropello a la ley y a la ética. La asistencia a esa asamblea no llegó al centenar de afiliados y más bien fue boicoteada por muchos de los que hoy se rasgan las vestiduras hipócritamente. Y como si todo esto fuera poco, culminó la traición a su razón de ser, justificando políticamente la salida de Pilar Cisneros e Isabel Ovares de Canal 7, ¿De qué ética y de qué justificación moral o política para la existencia del Colegio nos están hablando?

No deja de causar risa ver a los que hicieron causa común, en esa ocasión, con los empresarios y con el Colegio, llorando por la resolución inapelable de la Sala Constitucional. ¿Dónde estaban éstos cuando se conoció el dictamen de una comisión del Colegio, presidida por Enrique Villalobos, periodista colegiado y abogado, que violó las más elementales normas éticas del proceso? ¿Quién alzó la voz cuando denunció la alteración de las actas de la Junta Directiva bajo la presidencia de Adriana Núñez? Por eso: lágrimas de cocodrilo. ¿Cómo creerles cuando dicen que corren peligro la veracidad de la información o el derecho a la información de los ciudadanos?

* Periodista, profesor, político costarricense y Diputado (1986-1990).

Los historiadores saben que las fuentes históricas convencionales de la Antigüedad y de la Edad Media son las fuentes del poder. Los cronistas oficiales relataban y componían la crónica de los reyes, de las instituciones monárquicas, de los detentadores del poder, el Papa, los "profetas", los oráculos. Porque sólo en el poder había legitimidad. Sólo existía lo que era actuado o bendecido por la autoridad. Ese es el síndrome que acabó con el Colegio de Periodistas. Cumpliendo funciones estatales de legitimación, terminó por ser el guardián de la verdad oficial. Terminó por ser complaciente. Murió por falta de libertad. Para nada sirvió el Colegio de Periodistas cuando el poder pidió la cabeza del director de *La República* o de *Telenoticias* o de una humilde reportera de *El Heraldito*.

Por eso, creo que la resolución de la Sala Constitucional abre la era a un periodismo nuevo, promotor de la democracia, cultivador de la libertad, liberador de verdades oficiales, agente de cambio y cronista de la nueva cultura basada en la participación. Este es el momento en que los periodistas capaces -porque hay muchos que no lo son- y honrados asuman el reto de ser la conciencia, los agentes, los cronistas o acompañantes de la democracia moderna, de la justicia, de la igualdad, de la globalización, de la nueva cultura, de la identidad nacional, Ya no hay ley que proteja a los mediocres, a los venales, a los complacientes, a los "subvencionados", a los "amigos".

La democracia moderna o es participativa o no es. La principal lección de la caída del Muro de Berlín está en la demostración de que los pueblos del siglo 21, la sociedad civil, han asumido su papel de protagonistas de su propio destino, de su propio desarrollo y han dejado de creer en iluminados que decidían en su nombre y se beneficiaban de sus recursos. Las vicisitudes de los partidos políticos en Europa y América Latina, a partir de entonces, lo está demostrando. La gente quiere saber, quiere opinar, quiere decidir de verdad. Fundamentalmente quiere recuperar su libertad. El partido político que no sea un instrumento de expresión y participación política, más temprano que tarde, pasará a los archivos, se convertirá en museo o simplemente desaparecerá. La sociedad civil quiere decir ella la última palabra en los conocimientos que necesita, en los valores que la animan, en los artículos de consumo que llenan sus necesidades o sus gustos, en la organización del Estado, en las relaciones internacionales.

Y esto será cada vez más así porque la tecnología moderna pone a su disposición una oferta cada vez más amplia, más variada, más inmediata, más veloz y más veraz de informaciones de toda índole. Estamos en la época de la masticación de la información y del conocimiento. La telemática pone a disposición de cualquiera en cualquier parte del mundo, a través de aparatos cada vez más baratos, más cómodos, y más sencillos de utilizar, los grandes almacenes del conocimiento y de la información de la actualidad. La globalización de las comunicaciones en tiempo real y acceso irrestricto están produciendo en forma ineluctable un proceso de integración mundial. La economía no será más que una en el mundo. Lo demás será marginal. Los grandes procesos de integración excluyen cualquier proyecto aislado de desarrollo o simple supervivencia. Pequeñas comunidades humanas como Costa Rica no tienen ninguna posibilidad de estar presentes en el siglo 21 si se mantienen a ladas.

Una nueva cultura está surgiendo en cada nación y en todo el mundo a la vez. Esta revolución tiene lugar en dos niveles. El nivel de la integración a una cultura común y el nivel de desarrollar la propia, para incrementar aquella. El en primer nivel se ubica el proceso de globalización, que la unifica, universaliza y "estandariza". En el fondo es una diseminación, socialización universalización de la racionalidad, de la ciencia, conocimiento científico, de la concepción del hombre humanismo que arranca del Renacimiento. Todos pueblos se vuelven más racionales, más sabios, más educados, más científicos. De ello se encargan medios de transporte y los medios de información comunicación, cuya tecnología representa la vanguardia actual del desarrollo científico moderno. El que se suba a ese tren, por lo menos al "cabús", quedará fuera de la historia. Las expresiones culturales que ingresen al flujo de las comunicaciones globales, que se transmiten por satélite, se convertirán en productos de la industria cultural de valor universal, entrarán en diálogo con otros pueblos y formarán parte del patrimonio plural de la humanidad.

Porque lo que se está produciendo, contrariamente a la apariencia o a las percepciones superficiales es una uniformización o un monismo cultural. Los actuales y execrables extremos de Bosnia Herzegovina nos están demostrando lo contrario. Cada pueblo tiene una identidad propia, un pasado, una geografía, una historia, una literatura, un arte, un entorno formado por accidentes o realizaciones naturales o culturales, soluciones concretas o problemas concretos, recursos naturales inmediatos. Todo esto forma su cultura y lo tanto su identidad. Dentro de todos esos elementos hay algunos con características universales que se pueden ser características comunes o patrimonio común a todos los seres humanos. Por eso todos los pueblos pueden contribuir a la cultura universal, desafío está en colocarlos en ese flujo mundial, hacerlos llegar al mercado cultural de la manera apropiada. Esto representa dos tareas: la primera es reconocerlos, cultivarlos, purificarlos hasta darles el carácter universal. Creo que el más desollante elemento

costarricense para contribuir a la cultura universal sea el civilismo, la supresión del ejército (hoy indudablemente unida al Premio Nobel de la Paz). La segunda es insertarse en el flujo de la cultura universal, no de modo pasivo, como simple receptáculo de los productos foráneos, sino con la firme voluntad de ofrecer lo propio.

Los que insisten en llamar crisis a todo ese proceso no hacen más que demostrar su rechazo o incapacidad para adaptarse a él. Mirar al pasado, aferrarse a la seguridad de la añoranza, no arriesgarse en las innovaciones es suicidarse culturalmente. Refugiarse en la protección del Estado para ocultar la incapacidad, la doblez o simplemente el inmovilismo es marginarse o estorbar en un proceso para ser más y vivir mejor.

Este vertiginoso proceso de cambio y de crecimiento necesita cronistas, que vayan acompañando y dando cuenta cada día de los avances o retrocesos, que exalte las victorias, que desenmascare a los boicoteadores y que reconozca a los más clarividentes conductores y ejecutores. Necesita pensadores, agentes, promotores, monitores, evaluadores, críticos agudos ineludables ante la verdad, aferrados a una ética dictada por el bien común, los derechos humanos y la dignidad de la persona. Para que ese proceso se dé en democracia y con participación, tiene que haber crítica, debate, lucha, confrontación. Tiene que haber una conciencia que hable en nombre de la libertad, del pluralismo, de la justicia, de los derechos humanos. Ese es el papel de los periodistas.

Para cumplir ese papel, el primer requisito que tiene que cumplir un periodista es entender el proceso, saber que estamos en un proceso y cuáles son sus características. Además, tiene que tener un "ethos" desde el cual mirarlo, seguirlo, juzgarlo. Todo periodista desarrolla su trabajo desde una "hipótesis", que es a la vez producto y punto de partida. "Producto" porque no es arbitrario, sino el resultado de los valores, costumbres, realidades y desafíos de la sociedad a la que sirve. "Punto de partida" porque forma parte de un proyecto, un *proyecto político*, tomando la palabra *político* como lo que concierne a todas las dimensiones de la sociedad. Este *proyecto político* es una opción de principio, que responde a la pregunta en el caso de Costa Rica: *¿qué es y hacia dónde va Costa Rica?* Se le puede llamar también modelo o estilo de desarrollo.

Esos periodistas harán de los medios de información los canales por excelencia de la nueva cultura. Los medios satisfacen necesidades sociales de educación, de publicidad, de organización y movilización social y de diversión. La televisión y el radio son los medios de la masa, sin discriminación de contenidos, de sectores sociales, de funciones sociales o necesidades específicas. La prensa escrita, revistas y diarios, conservarán sus funciones insustituibles de ratificación de la noticia fugaz de los medios electrónicos, de interpretación y análisis de los hechos y de discriminación de los destinatarios y contenidos.

La *comunicación colectiva* o, si se quiere, *periodismo*, nunca ha alcanzado la categoría de disciplina científica por su objeto de estudio ni su metodología. El periodismo es más bien un arte, una destreza. Su objeto, en realidad, son todos los procesos que constituyen la vida de la sociedad y su metodología no son más que algunas técnicas, hoy cada vez más sometidas a la tecnología informática. Cómo hacer una entrevista o un reportaje se aprende en unas pocas horas y si se practica con constancia llega a cautivar. Ninguna de esas técnicas justifica una carrera

universitaria ni justifica la protección del ejercicio del periodismo por un colegio profesional de afiliación obligatoria. Afortunadamente la Ley de la Jurisdicción Constitucional le brindó a todos los ciudadanos protección contra la difamación, la injuria o la calumnia, es decir, protección a la honra personal, que es lo único que importa en el fondo. La ética periodística pasó a ser competencia de la Sala Constitucional.

¿Quiere esto decir que ya no se necesitan profesionales que puedan interrogar y cuestionar a los políticos, a los funcionarios, a los dirigentes nacionales con propiedad, con conocimiento de la materia, con datos previamente recabados, con hipótesis fundadas? De ninguna manera. Ahora más que nunca, en este tiempo de vertiginosos cambios sociales, económicos y culturales se necesitan mejores periodistas que antes. Pero no periodistas de grabadora ni de entrevistas fugaces que se contenten con preguntar "¿cómo se siente...?" No periodistas de maquillaje y luces de "sets". Se necesitan periodistas pensantes, sabios, críticos, independientes, insobornables.

La reducción del Colegio de Periodistas de Costa Rica a la categoría de asociación voluntaria dispensa a las escuelas de periodismo de su necesidad de ser "fábricas de diplomas" para colegiarse. Quizá ahora quieran ser verdaderas "escuelas de agentes culturales" de "agentes de cambio". Entonces tendrían que dirigirse a dos categorías de estudiantes.

Primero, a los que ya cuentan con una carrera o por lo menos un bachillerato universitario en alguna disciplina. Lo ideal sería que esa carrera fuera una disciplina básica, que represente un modo de pensamiento, una estructura mental, como matemáticas, historia, derecho, economía, física, filología. Es decir, estudiantes *que ya saben pensar*. A estos habría que introducirlos en las disciplinas que descodifiquen los procesos sociales, incluyendo el mismo proceso de la comunicación. Las destrezas de la profesión periodística, entre-

vistas, etc., y sobre todo en el dominio de la lengua, deberían aprobarse por suficiencia o seguirse en sus escuelas respectivas. Las especializaciones, como periodismo científico, económico, artístico, deben ser fruto del esfuerzo personal. Pero nunca serán buenas si son el simple fruto de la afición o la elección casual o caprichosa, *si no están sostenidas por una estructura mental sólida*.

Segundo, a los periodistas en ejercicio, que ya dominan las destrezas y han hecho del periodismo una opción de vida, pero quieren mejorar su desempeño, quieren entender mejor, quieren profundizar en disciplinas especializadas como arte, economía, comercio internacional, etc.

Este modelo haría de las escuelas de periodismo, abundantes, por cierto, en este país, opciones serias y útiles a la comunidad nacional y haría de la profesión periodística una profesión respetable y respetada. Las opiniones de los periodistas contarían, serían tomadas en serio. Los periodistas pasarían de la categoría de reporteros, muchas veces complacientes, "gratificados",

aduladores o manipulados, a la de intelectuales interlocutores de los otros agentes sociales que sí son reconocidos. Así sucede en muchos países.

En cuanto a la Escuela de Ciencias de la Comunicación Colectiva de la Universidad de Costa Rica, ya en 1976, cuando yo era su Director, propuse al entonces Rector, Claudio Gutiérrez, convertirla en una escuela de posgrado, que recibiera sólo bachilleres universitarios de otras carreras. Se congelaría la matrícula por 4 años hasta graduar a los ya matriculados y se abriría después con esa modalidad y un nuevo currículum. No considero descabellada la idea todavía. La UCR tendrá que emprender, más temprano que tarde, un proceso de *ajuste estructural* que la ha de llevar a una mayor rentabilidad de los recursos invertidos, a una priorización de las necesidades del país y, por lo tanto, a una revisión de toda la frondosa institucionalidad de su quehacer académico y de investigación. Ojalá esa tarea la empezara la Escuela de Ciencias de la Comunicación Colectiva.